



¡CUÁNTO TARDA! — Cuadro de JOAQUÍN AGRASOT.

antiguísima; y hacia ella, seguido de Huracán, encaminó sus pasos. Ya anochecido, llegó á la misma que estaba situada al borde de un camino, y desde la puerta pidió cortesmente hospitalidad.

—¡Adelante!—contestó una voz femenil.

—Buenas noches—dijo el cazador presentándose con su perro en la cocina, en cuyo testero principal, sobre ancha losa de piedra, ardía una brasada de leña, en torno de la cual estaban reunidos varios campesinos que, al amor de la lumbre, confortaban de las inclemencias del tiempo.

Todos respondieron con amabilidad al saludo del cazador, y haciéndole sitio, debajo de la ancha campana de la chimenea, después de quitarse el capote que estaba chorreando, tomó el hombre asiento teniendo á su perro á los pies.

La dueña de la casa de campo, que era una labradora ya entrada en años, se apresuró á ofrecerle cena.

Este agradeció la atención, diciendo:

—Yo con cualquier cosa me conformo; con que haya cena para mi perro me doy por contento.

Los circunstantes no pudieron menos de sorprenderse de las palabras del recién llegado, de modo que uno de ellos se atrevió á decirle:

—Es extraño,—repuso don Ramón—pero muy justo. Si supiesen ustedes el motivo que tengo para tratarle bien, no me preguntarían si le quiero. Mi conducta para con él no es comprensible sin conocer una anécdota de mi vida.

Entonces todos á una, llenos de curiosidad, le suplicaron que la contara si en ello no había inconveniente.

—No lo hay,—repuso amablemente el caballero;—antes me congratulo siempre en contarla á quienes tienen interés en oírla.

Yo, señores míos, he corrido mucho mundo; y antes de reducirme á la honrosa y pacífica orden del matrimonio, he gustado de toda clase de aventuras. Sin decir que he sido propiamente militar, he estado muy junto á la milicia, y tanto que he asistido á algunas batallas, poniendo mi vida á servicio de la causa que he creído mejor para la grandeza de mi patria.

Habiéndome, pues, en cierta ocasión encomendado una misión tan delicada como peligrosa, me puse en marcha en compañía de este fiel é inseparable compañero mío, quiero decir de este hermoso perro que veís. Era yo entonces joven é iba bien armado y nada temía de los hombres.

Cogíome la noche por el camino, como ha sucedido ahora, y llamando á una venta, para mí desconocida, recibíronme con grandes muestras de contento. Cenamos yo y mi perro á satisfacción; y diéronme para dormir un buen lecho instalado en un aposento del piso bajo con una ventana que daba al campo. Nada había en aquella habitación de misterioso ni que pudiera inspirar la más mínima sospecha. Era noche de verano y lucía una luna clarísima. Así es que me acosté sin luz, pues era bastante la que entraba por los cristales de la susodicha ventana.

Rendido por el cansancio iba á quedarme dormido, cuando sentí gruñir á mi perro, con un gruñido especial que sólo yo entiendo y que me indica siempre haber descubierto algo anormal.

Me incorporé, miré á mi amigo y vi que no quitaba los ojos de la parte del techo que caía encima de mi cama. En efecto; allí brillaba algo extraño que parecía dotado de movimiento descendente. Salté de un brinco de la cama y no bien habíalo hecho, cuando vi caer rápidamente una enorme cuchilla de acero, á manera de guillotina, que á haber estado yo debajo, hubiérame dividido en dos pedazos.

Me había acostado vestido; así es que no hice más que tomar mi escopeta, y saltar por la ventana seguido de mi perro. Cuando acordaron entrar los criminales, ya estaba yo en salvo.

A todos interesó la historia del cazador. Todos acariciaron al perro, que era en verdad un hermosísimo y noble ejemplar de su raza.

Y como alguno le objetara que era exagerada la gratitud que demostraba al animal, repuso con vehemencia el cazador:

—No, señores; no hago nada de extraordinario. No hago más que pagar una deuda de sangre; y una deuda como ésta, no se paga con nada... Acaso, sólo con la vida!

† J. F. SANMARTIN Y AGUIRRE

RICARDO BRUGADA



LAVANDERAS

LA ACEITUNERA

NOVELA DE M. MARTÍNEZ BARRIONUEVO

(Continuación).

Yo no parecía darme cuenta de nada; el fuego que ardía en el hogar, alimentado constantemente por los que iban a calentarse, y las cuatro lucas que brillaban en los mecheros enormes de un velón de Lucena, más enorme aún, colgado por un gancho del alero de la chimenea, dábanme luz muy suficiente para leer los periódicos á mi sabor, y en mi lectura abstraíame, como si nadie hubiera en el cortijo. Esto era costumbre en mí, ya lo dije; pero aquella noche ponía poca atención en la lectura.

No era á Parralita, ni á José Alonso á quienes quería yo observar. Era á Metrio. No quise llamarle, ni preguntar por él, para que los otros no se fijaran; pero entre tanta gente me era difícil, sino imposible, poderle hallar con la vista, mirando sin parecer que miraba, al doblar ó desdoblar el periódico, como por la exigencia de la lectura. En esos momentos, sólo abarcaba una parte de la cocina; no viéndole allí, buscaba otra vez en otra; pero la cocina, desde el hogar al fondo, era de gran extensión, y allá, en lo último, las figuras de los aceituneros se distinguían confusamente, por estar todo hundido en vaga penumbra.

De un grupo de mozuels próximo al hogar salió en esto una risa como un estallido; una risa de mujer, alegre y sonora, como trinar de pájaro. Me sorprendió esta risa; volví los ojos al grupo de las mujeres, y aunque ya lo sospechaba, adquirí la evidencia. Fué Parralita quien así rió. Yo, en tanto, intrigábame, por no poder hallar con la mirada á Metrio. Un hombre había entre aquel grupo de mujeres; era José Alonso; las miraba y relase con aire ufano; creí sorprender que me miraba furtivamente, á la vez que escupía sus donaires para hacer reír á las mozuels. Todo esto fué rápido; al mismo tiempo de sentirse la risotada de Parralita y de encontrarse los ojos de José Alonso y los míos, se removió algo á mi lado, á mis pies, tocando casi con mi sillón. Bajé los ojos y vi á Metrio. Me acordaré siempre; estaba sentado en el suelo con las piernas encogidas; apoyábase de espaldas en la pared. Le podía hablar sin que me oyeran.

—Hola, Metrio. —le dije— tengo que hablarte.

—¿En qué puedo servirle, mi amo? —preguntóme abatido. Y fué á levantarse á la vez.

—No, espera—repuse, inclinándome para coger una astilla con que encender mi cigarro.—Metrio: sabes que el capataz de la Dehesilla dejó el destino y se fué á Córdoba. Hay muchos que quisieran irse allí, en su lugar, pero yo quiero que vengas tú. Tengo confianza en tu prudencia; y si yo mejoro tu suerte mandándote de capataz á mi mejor finca, estoy seguro; tú has de darme buen pago. Hoy he tenido noticias de allí, que me tienen de muy mal humor; aquello está manga por hombro. No me es posible faltar un instante de Las Palomas, pero iré contigo para hacer-te entrega. Mañana mismo nos vamos.

No puedo explicar la consternación que fué pintándose en el rostro del mozueto á medida que yo hablaba; yo me lo figuré: aquella noticia que en otra ocasión le hubiera vuelto loco de felicidad, porque colmaba todas sus aspiraciones, fué una puñalada que le atravesó el pecho. Se pasó las manos por la frente como si quisiera apartar de allí alguna idea tenebrosa. ¡Pobre mozo! ¡Cuán ajeno estaba de que yo conocía el motivo de su gran aflicción! ¡De que yo veía su pensamiento, antes siquiera de que él lo concibiese! ¡Irse en aquel trance! ¡Dejar á Parralita, por quien sentía verdadera locura, no obstante su mancha y á pesar de las dudosas explicaciones que de ella obtuvo. Además, Parralita, había cambiado de conducta. — un nuevo tormento que le mataba.— A sus reservas, á sus mutismos, á sus ansias de soledad, sucedieron de repente, en veinticuatro horas, una alegría sin trabas, una verbosidad inconcebible, un gracejo hasta entonces nunca demostrado; hablase vuelto risueña, decidora, comunicativa; en sólo una noche se hizo notar por su gracia en el baile, por su oportunidad en las respuestas, por sus méritos físicos, que, hasta entonces también pareció empeñada en que pasasen inadvertidos. ¡Y todo por aquel José Alonso! ¡Pobre Metrio! ¡Y para él los desdenes! ¡Y para él las penas...! Hubiérase podido hacer un verdadero estudio, por la contracción de las facciones solamente, en aquel corazón de hombre, virgen y sin doblez. Quería hablarme, quería darme las gracias con explosión de alegría, mirándome no obstante sin hablar, con los ojos espantados y volviéndolos sin querer, furtivamente, al grupo donde estaban Parralita y José Alonso. Las llamas del hogar levantándose vivas y alegres, iluminaron temblorosas con gran vigor aquel semblante lívido, de líneas acentuadas, desencajado ahora por el dolor de una nueva feliz que le desesperaba, y de unos celos mortales que le enloquecían. Miré á Parralita colérico, encontráronse nuestras miradas casualmente, y creí sorpren-

der en sus labios finos una sonrisa imperceptible casi de triunfo, al pasar su mirada de mis ojos á los del triste desdénado. Metrio no pudo observar esta sonrisa. Le abrumaba la pesadumbre.

Al día siguiente, pretexté una ocupación grave para no salir de Las Palomas, por lástima á Metrio, como supondréis. No fuimos pues á la De-



hesilla... Desde aquella noche Parralita y José Alonso, no dejaron de

aproximarse siempre que les era posible. Pude observar en ella una viveza, una alegría inexplicable; no he visto nunca coquetería de mujer más graciosa, más alegremente sostenida; no puedo decir de donde robaba espacio para su acicalamiento y compostura; no se la echaba de menos, no faltaba á su trabajo un solo segundo. Observé entonces que la mujer en las más rudas y apremiantes labores, en las más desoladas horas, en las crisis más grandes y solemnes de la vida, dispone sin excepción, sin que se advierta, para más asombro, de todo el tiempo necesario para su toilette; por lo demás, la aceitunera, con su traje abigarradísimo, con su sombrero anchote que guarda desairadamente el

rostro; con el pañuelo, que cubre también su garganta, su cabello y su nuca; con el otro pañuelo, guardador estúpido del talle; con el pantalón y la falda caída encima, que oculta y deforma la cadera ¿puede hallar medio de distinguirse de algún modo, con una toilette más ó menos detenida, siéndole imposible salir de esa singular indumentaria? ¡Oh, portento femenino! Parralita sabía lograrlo. Parralita empezaba á volver loco á todo el mundo en Las Palomas, sin excluir ¡ay! á su dueño. Era preciso, indispensable, tomar una resolución con Parralita.

Manifiestamente estaba demostrado, para mí al menos: Parralita se propuso excitar la pasión de su antiguo novio, mortificarle, herirle. Yo no podía observar todos sus actos, porque no podía estar entre mí gente á todas horas; pero lo que observaba era bastante para que mi compasión por Metrio fuese mayor. De José Alonso nada quiero decir: era un hombre repulsivo. Metrio, sin hablar con dadie, sin sospechar ni remotamente que el amo pudiese estar tan en pormenores de lo que en su corazón pasaba: sufría en silencio, desesperábase; algunas veces le sorprendí, con su mirada centelleando de odio y sangre, puesta en Parralita y José Alonso. ¡Ah, Metrio, si tú hubieras sabido quién era José Alonso y lo que contigo tenía pendiente!

¡Caso singular! Ni una sola de aquellas miradas de amenaza y desolación escapábasele á Parralita. Siempre, en tal momento, los ojos de Parralita buscaban los del afligido muchacho, como para confundirle más, haciéndole ver la dicha de su corazón. ¿De dónde puede sacar una mujer sin educación, sin principios, sin conocimiento del mundo, criada en la soledad del campo, ese don admirable de leer en el corazón del hombre, de ahondar allí, como con un escalpelo, hasta descubrir la fibra más sensible y herir ó acariciar hasta matarle?

Parralita y José Alonso entendíanse; yo estaba seguro; pero no creía que hubiesen tenido ocasión de hablar despacio y á solas; además, estaba yo equivocadoísimo, ó ella negábase absolutamente á conceder aquella cita á solas al tenorio aceitunero.

Una tarde iba yo, á pie, al olivar donde trabajaba la gente; próximo ya, vi venir á Parralita con un cántaro á la cabeza; el cántaro al aire, sostenido por su asiento, nada más, sobre la airosa cabecita. No llevaba

sombrero ni pañuelo. Detúvose al verme y se echó á reír. Pensé que el cántaro iba á caer, pero siguió en su sitio, moviéndose solamente para seguir, sin que yo me explicase como, las oscilaciones del cuerpo y la cabeza de Parralita.

No era La Parralita que encontré días antes tirada al pie de la adelfa; en su rostro advertíase una animación muy singular; sus bellos ojos negros habían perdido aquella expresión dura y hostil y aparecían, como sus labios, húmedos de vida y juventud; en los labios, sonrosados ahora, de un dibujo purísimo siempre, llevaba una matita de oliva.

—Oye, — la dije con dureza; — lo siento bastante, pero tendrá que ser al fin.

—¿Y qué tendrá que ser, mi amo? — preguntó sorprendida, con un ligero tonillo de burla que me confundió un poco.

—Que te vayas. — repuse irritado contra mí mismo, por mi confusión.

—¡Irme! — Y su sorpresa crecía. — ¡Pero si cambié de pensamiento, mi amo! ¿No se acuerda usted? Cambié de pensamiento y le dije que me quedaba.

—Te has quedado, sí, pero no me conviene lo que haces. Si no te vas, te echaré yo. Quedas enterada.

Creí confundirla con mis frases duras y el tono más duro aún con que las pronuncié, pero el confundido fui yo cuando la vi hacer un gesto gracioso, á la par que decía mimosamente:

—Ni me abandona... ni me echa á mí nadie... Y usted mucho menos, mi amo.

—¡Te irás ó te echaré mil veces! — repuse indignadísimo.

—Ni me voy ni me echará usted, — respondió; y reía... reía. De pronto contuvo su risa y exclamó, con un gracioso mohín:

—¿A que no me echa usted?

Y arrojándome á los ojos la macita de oliva, que tenía entonces en la mano, se alejó sin volver la cara, canturreando una copla.

¿Por qué no la eché? ¿Qué influjo misterioso ejercía aquel diablo de hembra en los seres que la rodeaban? Quedé como petrificado, confieso que no era odio, ni repulsión, ni menosprecio lo que en aquel punto inspirábase. No pensé en su cuchillo ni en sus coqueterías, no pensé en



su transformación ni en sus palabras enigmáticas de algunas veces, es decir, si pensé, pero como un recuerdo lejano, como si todo aquello hubiese ocurrido hacía ya tiempo y con otra persona que nada tuviera que ver con Parralita.

Aquella tarde fué de emociones: á los pocos pasos encontré á Metrio. No me extrañó. Metrio agonizaba; Metrio moría. Sentí un impulso de cólera. ¡Oh, mundo! La cólera que no desplegué, por falta de valor, contra Parralita, salió desbordándose contra Metrio.

—¿A dónde vas? — le pregunté con rabia.

No supo qué contestarme; se sintió aturdido, acobardado; no tenía costumbre de tales maneras en mí. No tuve compasión. Dios me perdone; me cegaba la ira.

—¡Contéstame! — repetí, — ¡contéstame! ¿Dónde vas? ¿O es que no soy nadie en mi casa? ¿O es que aquí se burlan todos del amo, y que todos los golpes han de ir á él?

Metrio estaba más blanco que su camisa; aquella actitud de su amo, que siempre en todas ocasiones le demostró preferencia, unido á las congojas que ya le consumían, fueron el colmo. No pudo contenerse; un ronco suspiro se escapó de su pecho y se sentó, sin fuerzas, sobre un pedrusco.

—¡Levántate y mírame! — grité furioso; pero sintiendo ya secreta consternación por haberle abrumado tan sin piedad.

Se levantó sumiso; un lagrimón enorme formábase en aquellos ojos negros, grandes, noblzas, de mirada inteligente y dulce como la de un niño; la lágrima rodó al fin y Metrio volvió la cara avergonzado, porque no le viesen llorar. Mi furor, al ver aquella lágrima, no tuvo límites.

Le cogí de un brazo violentamente y grité, cimbrándolo con toda mi fuerza:

—Pero ¿no ves, imbécil, que se burla de tí? ¿No ves que no es acreedora á tu cariño? ¿No ves que coquetea con todo el mundo y que da la preferencia á José Alonso, ese hombre antipático y repulsivo? ¿No com-

prendes que, después de su mancha, todo lo que hace es en contra suya, y que una mujer en su caso, si es buena, lo que tiene que hacer es morirse de sentimiento, por las dos cosas más grandes que podía perder? ¿Por su honor y por tu cariño?

Estuve para gritar, también, que la culpa de Parralita era más grande, por ser José Alonso precisamente el hombre que la sedujo. Me detuvé aterrado; comprendí, de repente, el efecto que mis palabras le hubieran podido hacer.

Pero más todavía que la andanada que cayó sobre la cabeza del pobre Metrio, aturdióle y le volvía loco la idea de que era yo quien así le estaba hablando. El asombro le impedía hablar á él. ¿Cómo podía haberme yo enterado y con tanto detalle de aquella historia íntima de su alma y de su existencia?

Le dejé con su asombro y añadí como complemento:

—Mañana á la Dehesilla, ¿entiendes?

Hizo un ademán desesperado, como indicándome que obedecería. Lo mismo era ya para él una cosa que otra.

—¿A dónde ibas? — pregunté entonces más tranquilo.

Guardó silencio, con la cabeza baja, y conocí su intención de volver á los olivares; seguí hablando, porque estaba seguro de que él no diría una palabra mientras continuasen mis preguntas sobre el mismo tema.

—¡Ibas siguiéndola ¿no es verdad? ¡Como si estuviese eso bien! Si siguiéndola y pensando que quizás iba buscando á José Alonso. Estoy seguro: José Alonso tampoco estará en el sitio que le corresponde... ¿Es así como se cumple con un amo bueno, que paga con religiosidad y es amigo y protector de sus trabajadores?

—Perdone usted, mi amo. — dijo Metrio como enternecido, — no volveré á hacerlo; que me riñan por lo que quieran, pero no porque falte á mi trabajo.

(Continuará).

Ilustraciones de PABLO BÉJAR.